

GRAVITACIÓN Y LEVITACIÓN DEL CUERPO EN LA NARRATIVA DE SALVADOR GARMENDIA

Víctor Bravo

CUERPO

Quizás podría escribirse una historia de occidente que sea a la vez la historia del horror y la fascinación por el cuerpo. El cuerpo como lugar del pecado y la corrupción, de la mancha y de la muerte, como lo innombrable, que debe ser flagelado y, finalmente, olvidado, como un peso del que es necesario desprenderse, tal como lo señaló el imaginario de la Edad Media; el cuerpo que somos, en el mismo instante en que es otro, cómplice y materialización de la vida, universo y límite del existir que no es sino respiración y extensión de lo corpóreo, tal como se expresa en el imaginario de la modernidad. En la superficie y en la hendidura del cuerpo concurren los universos simbólicos de las culturas. Es posible de este modo reconstruir el mapa de una cultura por las huellas y jeroglíficos de su corporeidad. Casa y horizonte, albergue y universo se afirman de manera recurrente en la imaginación simbólica, como extensiones del cuerpo. Y el cuerpo como metáfora y síntesis del universo y de las más imprevisi-

bles formas del afuera. El arte y la literatura de la modernidad, de Velázquez y Goya a Bacon, y de Cervantes y Rabelais a Joyce y Beckett, nos han mostrado un desfiladero simbólico de la corporeidad: la angustia y la fragilidad del ser como herida corporal; la intrascendencia y la derrota del vivir como tumoración, mancha, mutilación; la debilidad y la orfandad como trazo, huella, abertura; el desencadenamiento de la desproporción y del hiperbolismo corporal. El cuerpo gravitando con un peso inaudito hacia sí mismo, en inescapable y fatal socavamiento de sí. La belleza corporal de las superficies, en contraste con el horror de excrementos: el cuerpo ciertamente como saco de estiércol, tal como lo pensó el imaginario de la Edad Media, que es nombrado finalmente por la modernidad que lo recupera, lo hace caminar dejando el rastro de sus excrecencias, pero colocando en sus desgarraduras el sentido, a veces feroz, a veces dulce, de la existencia. La narrativa de Salvador Garmendia podría quizás pensarse como una inscripción en la corporeidad: gravitación y

levitación de los cuerpos que se articulan como signos de esta escritura; escritura también de la mirada que baña incesantemente los cuerpos, desde la indiferencia, desde la ternura, desde el rencor, en un vértigo de metamorfosis que es el movimiento mismo de la subjetividad.

GRAVITACIÓN

En "Los Pequeños Seres" (1959), Mateo Martán es, fundamentalmente, el personaje que mira por sobre la ceguera de los demás los signos de su desdicha, que lo hunden en una ceguera mayor, la de su propia disolución. Visión y ceguera que fundan una conciencia, sí, pero en el sentido hegeliano, una conciencia desdichada, y que se expresa, con marcas de flagelaciones, en la corporeidad: el cuerpo muerto que, según Baudrillard, reúne los signos de lo abyecto y lo negativo, es el generador de los signos equívocos de la finalidad, y de los signos del extravío de la angustia en Los pequeños seres. A partir de esta novela la escritura de Garmendía pondrá en evidencia, de manera obsesiva, como si ese fuese el centro de todo los enigmas y fatalidades, el cuerpo fragmentado, que nos estremece con sus signos de extrañeza e identi-

dad, desde el fondo abominable del espejo; y el cuerpo de la abyección y del horror, que en Garmendía es el cuerpo inmóvil, monumento impávido de su desmoronamiento. Un fragmento de Los pequeños seres podría describir la situación de los cuerpos abyectos en la obra de Garmendía: "Todo a su alrededor respiraba un aliento precario de ruinas, de muros agrietados y techos hundidos por el peso de muchas lluvias. Su cuerpo cargado de humedad y cansancio, había renunciado al movimiento". El cuerpo inmóvil es el cuerpo derrotado que muestra las huellas de la destrucción y, a veces, los débiles signos de la nostalgia de un posible y pasado resplandor. Quizás por ello el primer acto de conciencia de Mateo Martán es poner su cuerpo en movimiento, en una ciudad que será desde entonces, en la narrativa de Garmendía, también cuerpo carcomido, en ruinas; pero, lo decíamos, la conciencia de Martán es ciega, desdichada y, por tanto, su movimiento es travesía de negatividad, en situación de extravío, de caída.

En esta narrativa, con implacable sesgo irónico, el cuerpo joven se muestra en su efímero y ciego poderío, en el espejo mismo del cuerpo en el abismo de la



decadencia, devorado en sus entrañas por las aves de presa del tiempo y el sin sentido. ¿Esa no fue, a su modo, la intención de José Rafael Pocaterra, y no es la ironía y la angustia que atraviesa la obra de Juan Carlos Onetti? Es frecuente encontrar, en los textos de Garmendía, cuerpos que emanan poder o armonía y que, inesperadamente, muestran sus vertientes de la insignificancia o la monstruosidad. Así, se dirá por ejemplo, en *Los pies de barro* (1973): "...un perfil bien tallado y vigoroso y era imposible pensar en el horror del otro lado, esa máscara incompleta que ya no podía ver y que estaría agrediendo a la mujer rolliza que lo escuchaba, luchando penosamente contra la desesperada necesidad de apartar la mirada de aquella estoica deformidad"; o, en *El único lugar posible* (1981): "Creo, sí, haber tropezado con una de esas caras que crean espejismos: las divisamos a distancia, radiantes y llenas de vida, mientras que a dos pasos de la realidad, es decir, cuando ésta suele ser más atroz, una rojez enfermiza descalabra y disuelve esos rasgos que entonces reaparecen llenos de pequeñez y fealdad". Cuerpos en caída sobre sí mismos por el peso de la deformidad, cuerpos como expedientes de la fragilidad y el sin

sentido del existir; cuerpos flagelados por sus propias entrañas y límites, por su propia ceguera, por la asunción sin asombro y sin lucha de la desesperanza; cuerpos terrestres, con pies de barro y fango, habitantes de la mala vida y de las pequeñas traiciones cotidianas. Seres de la violencia, de la imposibilidad heroica, de la intrascendencia; cuerpos del hastío, pero, de manera inesperada, por arte de la escritura y de lo imaginario, cuerpos también de la levitación, del vuelo.

LEVITACIÓN

Como Pegaso saliendo de las entrañas abismales de la Medusa, la escritura de la corporeidad de Salvador Garmendía levanta vuelo en la pantalla de metamorfosis de la subjetividad, en la levedad despiadada del humor, en la transfiguración imaginaria de la infancia.

Por la subjetividad como centro de metamorfosis, la obra narrativa de Garmendía, sobre todo en sus cuentos, ha fundado un ámbito cuyas aristas son el absurdo y lo fantástico, el humor y lo paródico, en contradicción permanente con una obsesiva y minuciosa descripción de lo nimio y lo grotesco. El humor, que es una

forma de la levedad de la conciencia irónica, es génesis de muchas de las exploraciones de lo absurdo y de lo fantástico que desprenden a los cuerpos garmendianos de su gravitación para transfigurarlos en cuerpo de la levitación y del vuelo. A diferencia de la travesía del extravío de Mateo Martán, *Marinferinfero*, por ejemplo, en *Memorias de Altagracia* (1974), se transfigurarán, sin perder su condición de cuerpo mutilado, para la travesía en su vuelo por los tejados que tiene como fin dar a conocer el mar al narrador; por esa condición de levedad de los cuerpos aparecerán las mujeres largas de la lluvia, el tío Gilberto atravesará las paredes, y asistiremos al insólito vuelo de Absalón Olavarrieta por los techos de Altagracia. En El único lugar posible, *El capitán Kid* (1988), *Crónicas sádicas* (1990), *Cuentos cómicos* (1991), así como en los textos breves de *Doble fondo* (1968), *Los escondites* (1972), *Difuntos, extraños y volátiles* (1970), *Hace mal tiempo afuera*

(1987) y *La gata y la señora* (1991), el juego de la subjetividad y el humor redistribuye los signos de esta escritura de la corporeidad: la gravitación del cuerpo deforme y mutilado se transfigura en la levitación de los cuerpos que, por arte de la subjetividad, se metamorfosean, asumen, a veces por un instante, las propiedades de la luz y el vuelo, agrietan la piedra de Sísifo de la seriedad del vivir, y nos regalan, junto a las formas grises de la vida, la fiesta indestructible de lo imaginario.



